

El viaje de Julia

R. Huete Iglesias





*"La imaginación es el principio de la creación.
Imaginamos lo que queremos, creamos un profundo
deseo por aquello que imaginamos y finalmente,
creamos aquello que hemos deseado."*

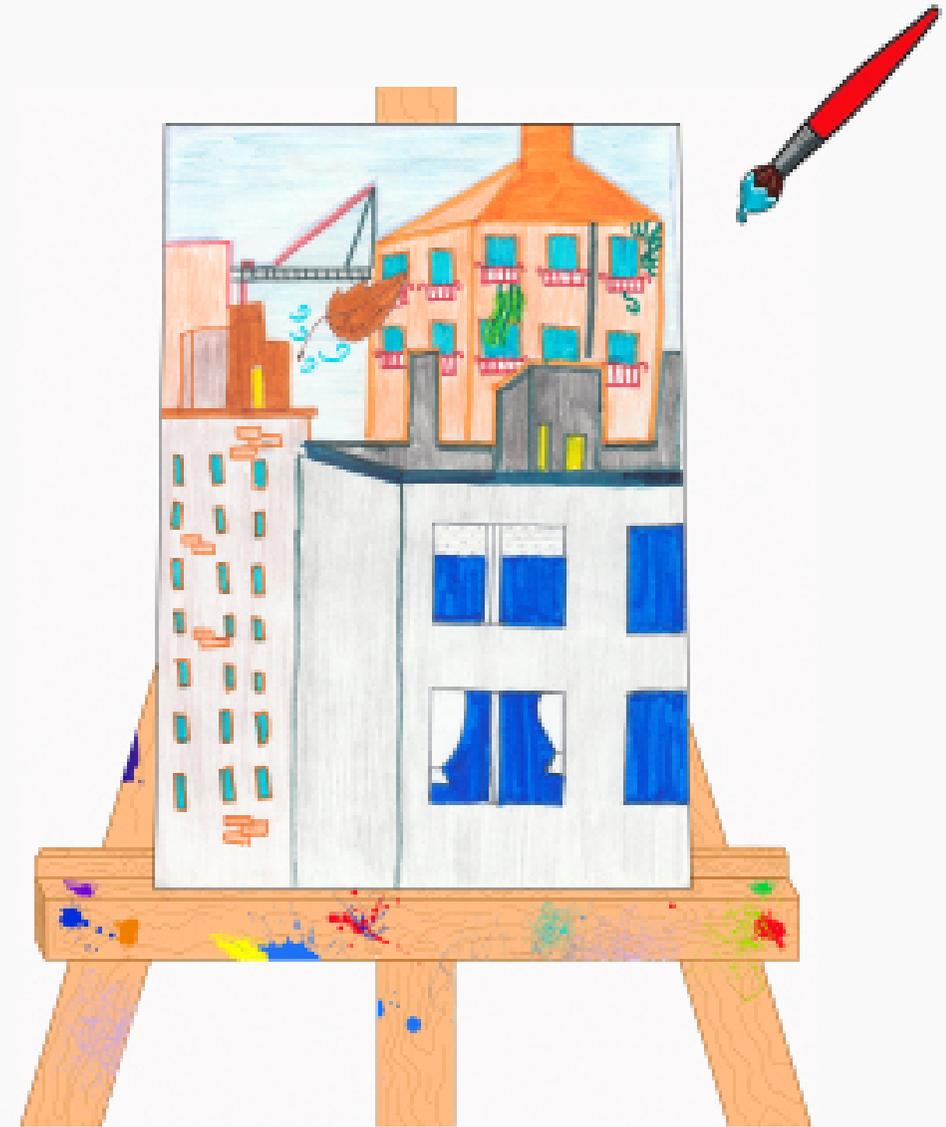
George Bernard Shaw

Había una vez una chica llamada Julia que vivía en una pequeña casa de la costa con su hermano pequeño Leo y con sus abuelos. Julia era muy simpática y divertida, siempre dispuesta a echar una mano allí donde hiciera falta. Por eso sus amigos la apreciaban muchísimo.

Solo tenía un pequeño defecto: cuando algo no salía como ella esperaba se ponía de mal humor. Entonces, a pesar de que la seguían queriendo mucho, sus amigos optaban por apartarse de su vista cuanto antes porque sabían que terminaría desfogándose con el primero que se cruzara por su camino, que normalmente terminaba siendo su hermano pequeño.



Esto parecía no importar en absoluto a Leo porque él, además de adorar a su hermana, la admiraba profundamente. Para él Julia era la más lista, la única capaz de responderle a todas las preguntas que se le ocurrieran por muy rebuscadas que fueran.



Y encima dibujaba como los ángeles, por lo que Leo era capaz de pasarse horas y horas mirando sus ilustraciones.

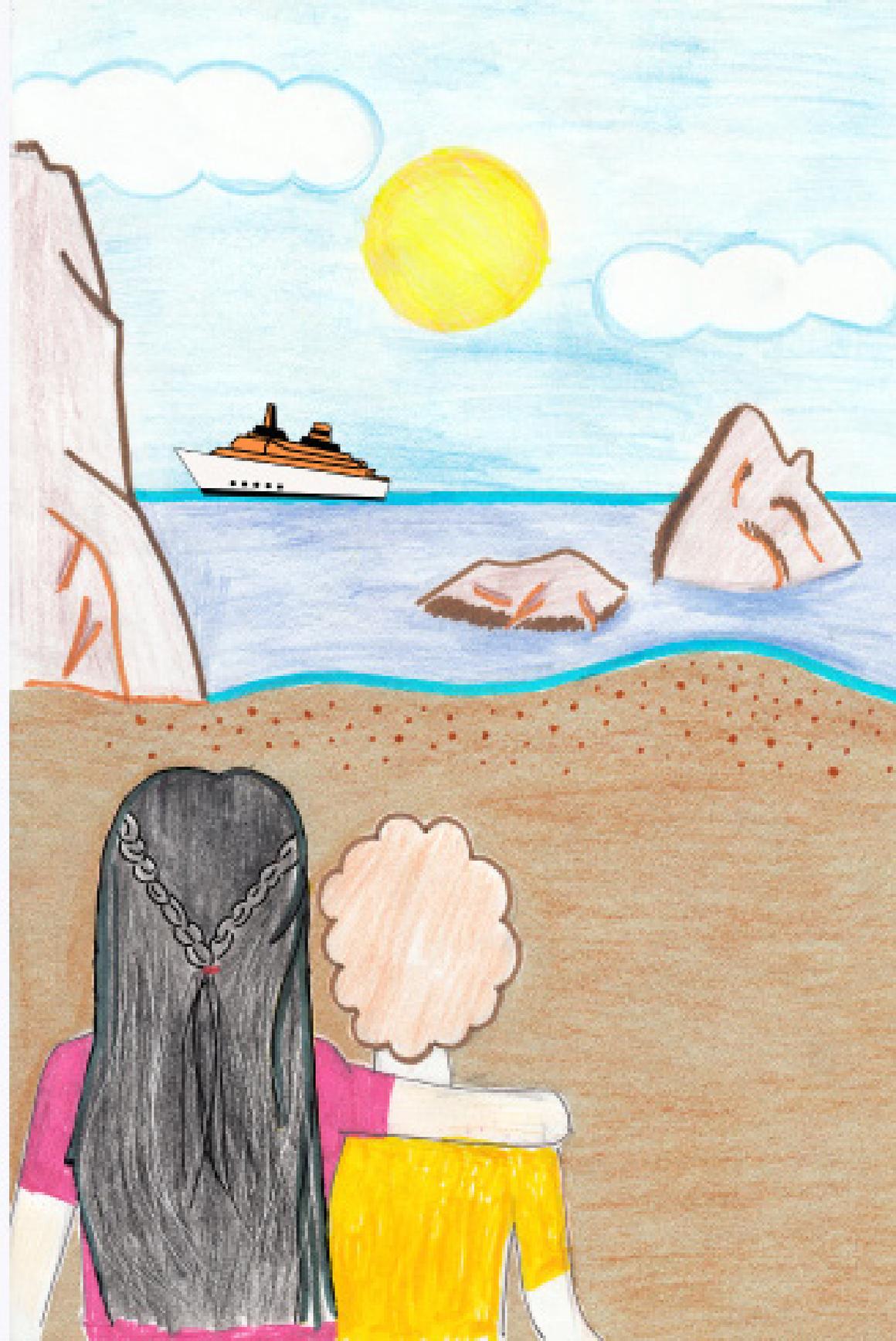
Así en la tozudez y mal genio de su hermana, él solo percibía perseverancia y entereza.



Como a los dos les gustaba mucho el mar, cada día paseaban por la playa después de la escuela y se sentaban un rato a descansar en su lugar preferido.

Era una zona rodeada de casitas diminutas con puertas de colores que solo estaban habitadas en verano. Había varias barcas atracadas en la arena cercana a la orilla y algunas redes tiradas por aquí y por allá. Lo que más les gustaba de ese sitio era el silencio, pues solo se oían las olas del mar y el graznido de las gaviotas que cruzaban el cielo danzando.

Desde allí se divisaban a lo lejos muchos barcos, y Leo solía jugar a pedir deseos cada vez que pasaba uno. Su abuelo le había dicho que el mundo le escuchaba y que, si se lo pedía con el corazón, todos esos sueños acabarían por cumplirse.



Julia, por otro lado, no creía en estas cosas. No desde el día en que sus padres fallecieron a causa de un accidente de coche años atrás. Pensaba que si el mundo había sido capaz de llevárselos, no merecía la pena pedirle nada. Pero le daba lástima tener que abrirle los ojos a su hermano porque él era demasiado pequeño para entender la cruel realidad. Así que no decía ni una palabra y le dejaba pedir todos los deseos que quisiera.

Un día pasó a lo lejos un buque de cruceros enorme y Leo se entusiasmó al verlo.



—¡Mira Julia!
¡Yo de mayor quiero tener un barco
así de grande! Seguro que dentro
hay piscinas con toboganes,
y también muchas salas de juegos.

Julia iba a hacer como siempre y fingir que no había oído nada. Pero hoy había pasado un día malísimo en la escuela y volvía a estar de muy mal humor, así que esta vez no dudó en decirle lo que pensaba sin miramientos:

—No seas tonto, tú no podrías tener nunca un barco así.

—¿Por qué no?

—Pues porque el dinero no cae de los árboles, hay que ganárselo con sudor. ¿Sabes cuánto cuesta un barco de esos? Millones y millones de euros. ¿De dónde vas a sacar todo ese dinero?

Leo, que no lo veía nada complicado, contestó lo primero que le vino a la cabeza.

—Se lo pediré al universo.

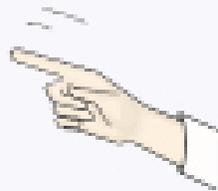
—Mira que eres ingenuo, esta patochada del universo no existe.

—Pero el abuelo dice que sí, que solo hay que pedirle tus deseos con el corazón y él se encargará de concedértelos algún día.



Entonces Julia se enfadó mucho al recordar que había sido ese mismo universo quien se había llevado a sus padres, así que decidió que había llegado el momento de que su hermano entendiera cómo funcionaba la vida. Y lo hizo sacando su furia y gritándole muy fuerte:

—¡Tonterías! ¡El abuelo miente! Todos esos deseos que le pides a tu querido universo se los lleva el viento. Nunca se harán realidad... ¡Despierta de una vez! ¡Es todo mentira!



Leo se asustó con los gritos de su hermana. Se tapó los oídos mientras lloraba y se puso a repetir por lo bajo que su abuelo no mentía, que tenía que ser ella la equivocada.

En ese momento pasó algo muy extraño. La luz del mundo a su alrededor se apagó de golpe.

El mar, las casitas con puertas de colores a sus espaldas, las barquitas de la arena y las redes de pescar, todo quedó en la oscuridad excepto la pequeña zona en la que ellos estaban sentados.

Julia y Leo se levantaron de inmediato y miraron a su alrededor con los ojos abiertos como platos del susto.



Ese fue el momento en que oyeron una voz hueca que sonaba como si viniera de todas partes a la vez y les decía:

—Julia, ¿por qué quieres corromper los sueños de tu hermano?

Ella miró al cielo, pues no sabía hacia dónde dirigirse, y preguntó:

—¿Quién eres? ¿De dónde ha salido esa voz?

—Soy el universo.



Julia no podía creerse lo que acababa de oír. Leo, en cambio, se puso muy contento al darse cuenta de que su abuelo tenía razón.

—Eso no puede ser, el universo no existe.

—¿Acaso no hay en el mundo mar, montañas, plantas, rocas, flores, animales y personas? ¿Es que no me sientes en tu interior cuando ríes, cuando sueñas, cuando amas o cuando simplemente eres feliz? No puedes negar mi existencia porque tú formas parte de ella. Tú, Julia, eres yo. Y si yo no existo, entonces tú tampoco.

Ella no supo responder, no había entendido nada. Tampoco terminaba de creerse que aquello estuviera pasando de verdad así que no dejaba de mirar a su alrededor para comprobar que nadie le estuviera gastando una broma de mal gusto.



—¿Qué quieres?

—Enseñarte a soñar de nuevo, Julia.

—¿Solo a mí?

—Tu hermano aún no ha dejado de hacerlo. Te ayudaré a recordar cómo se hace antes de que le obligues a él a olvidarse también.

—¿Pero con qué quieres que sueñe? Soñar es cosa de niños, yo ya soy mayor.

—Sí, es una lástima. A casi todos se os olvida que cuando erais niños vosotros también soñabais. Sabíais que podíais conseguir lo que os propusierais y no os importaba cuánto tiempo tuviera que pasar para ver vuestros sueños cumplidos. Sin embargo, un día decidís que sois demasiado mayores para esperar y dejáis de creer. Es una auténtica pena...



Julia no dejaba de observar a su alrededor a ver si atrapaba al artífice de esta inocentada. Tenía que ser un truco de alguno de sus amigos.

—No te preocupes —seguía el universo—, todas estas cosas las recordarás durante vuestro viaje. Terminarás soñando de nuevo, igual que Leo.

—¿Qué viaje? ¿A dónde vamos?

—De aventuras.

—Pero ¿cuándo? ¿A dónde?

—Cuando tú quieras y a dónde tú quieras. Solo tienes que tomar a Leo de la mano y explicarme tus sueños. Y yo, en vez de esperar como siempre al momento más propicio para convertirlos en realidad, haré una excepción y te concederé tus deseos en el acto. Pero ten presente que únicamente podrás pedir uno por día. Y lo más importante, esta aventura es un camino sin retorno. Si la empiezas no podrás volver a casa hasta que hayas conseguido recordar.